

puerta para irse, se volvió con cierta negligencia para decir á su cuñado:

—Á propósito, Franz, me ha encargado Guillermo llevar á usted esta noche á comer con nosotros. Conque si no quiere usted desairarnos... el carruaje espera abajo... pasaremos por la fábrica y Risler se vendrá con nosotros.

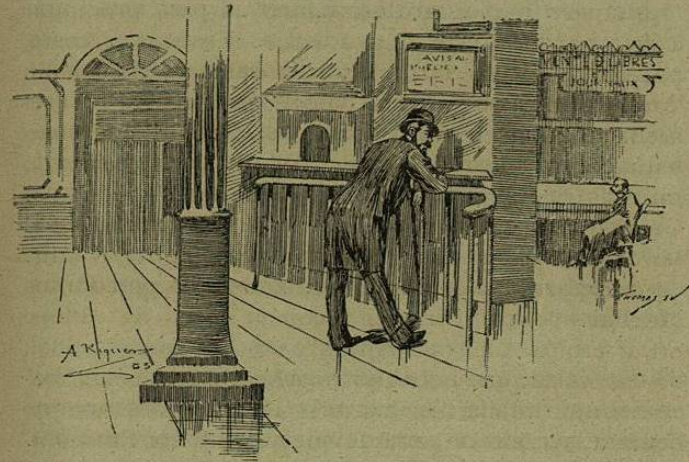
Y añadió con la más graciosa sonrisa, dirigiéndose á Desiderata:

—Supongo, mi querida Zirée, que se lo permitirás ¿eh? Por lo demás, descuida, que ya te lo restituiremos.

Y el ingrato tuvo el valor de irse con ella.

Se fué sin vacilar, sin volver la cabeza atrás una vez siquiera, arrastrado por su pasión como por una borrasca; y ya ni aquel día, ni los siguientes, ni nunca jamás pudo saber la butaca de *pobesita* Zizi lo que de tal y tanto interés tenía que decirle la silla baja.

¡Pobesita Zizi!



IV

El salón de espera

PUES bien, sí, te amo, te amo más que nunca y para siempre. ¿Para qué luchar ni resistir? Nuestro crimen tiene más fuerza que nosotros. Pero ¿acaso es un crimen amarnos? Destinados estábamos uno para otro. ¿No tenemos el derecho de reunirnos, mal que pese á quien nos ha separado?

»Ea, ven, ven á mí. No vacilemos... se acabó... partamos. Mañana á la noche, estación de Lyon, á las diez. Estarán tomados los billetes y te esperará tu apasionado

Franz.»

Un mes hacía que Sidonia estaba esperando ésta carta; un mes hacía que andaba poniendo en juego

todas sus mañas y astutas zalamerías para precipitar á su cuñado á esta imprudencia. Trabajo le costó, pues no era cosa fácil pervertir hasta el crimen un corazón honrado y joven como el de Franz; y en esta lucha singular en quien amaba verdaderamente combatía contra su propia causa, Sidonia se había sentido muchas veces falta de fuerzas y casi desalentada. Cuando lo creía vencido, súbito se despertaba en él la rectitud de su conciencia, y estaba á punto de huir, de escapársele de entre las manos, rompiendo sus cadenas.

Por eso fué un gran triunfo para ella la temeridad de esta carta, que le fué entregada una mañana. Precisamente estaba allí mistress Dobson; acababa de llegar á la sazón cargada de quejas de Jorge Fromont, que se aburría lejos de su amada, y comenzaba á recelar de aquel cuñado, más asiduo, más celoso, más exigente y pesado que un marido.

—¡Ah! ¡Pobre Jorge! ¡Pobrecito!—decía la sentimental cantora.—Si vieras qué desmejorado está... Es tan desgraciado..

Y sacudiendo sus rizos, desenrollaba sus papeles de música y sacaba cartas del *pobrecito*, ocultas entre las hojas de sus romanzas, muy satisfecha de intervenir como zurcidora en aquella historia de amor, y de exaltarse en una atmósfera de enredo y de misterio que enternece sus ojos fríos y avivaba su tez amarillenta.

Lo más extraño era que, prestándose de muy buen grado á este llevar y traer de cartas amorosas, la joven y bella, digámoslo así, mistress Dobson, no había escrito ni recibido maldita de Dios por su propia cuenta.

Siempre de camino entre Asnières y París con su mensaje amoroso bajo el ala, esta singular paloma-correo permanecía fiel á su palomar y no retrocedía sino por buena causa.

Cuando Sidonia le enseñó la carta de Franz, le preguntó mistress Dobson:

—¿Qué le vas á contestar?

—Ya le he contestado.

—¿Qué?

—Que sí.

—¡Cómo! Serías capaz de irte con ese loco?

Sidonia se echó á reír.

—¡Qué disparate! Le he dicho que sí, para que vaya á esperarme á la estación, y allí... que me espere en pié: ni más ni menos. Es lo menos que puedo darle, un cuarto de hora de impaciencia ó angustia. En cambio, me ha hecho él padecer muerte y pasión durante todo un mes. Como que he tenido que cambiar toda mi vida por dar gusto al señorito. Bien lo sabes; he tenido que dejar de recibir, me he visto obligada á cerrar mi puerta á mis mejores amigos, comenzando por Jorge y acabando por ti misma, pues ya te dije que tú también le desagradabas y hubiera querido él despedirte como á los demás.

Lo que Sidonia no decía, y era la causa principal de no querer bien á Franz, era que le había inspirado miedo, mucho miedo, al amenazarla con su marido. Desde entonces, se había sentido mal, y su vida, aquella vida que tanto amaba, había parecido seriamente comprometida. Esos hombres demasiado rubios y fríos de aspecto, como Risler, tienen una cólera terrible, cólera blanca, cuyo resultado no puede calcularse, como esa pólvora explosiva sin color ni sabor, que se teme emplear porque no se conoce su fuerza. Positivamente la idea de que un día ú otro podía saber su conducta su marido la espantaba.

De su existencia de otro tiempo, pobre existencia perdida en un arrabal populoso, le ocurrían recuerdos de matrimonios desordenados, de maridos vengados, de sangre derramada sobre la vergüenza del adulterio.

Visiones de muerte la perseguían; y la muerte, el eterno reposo, el silencio eterno, eran bastantes para espantar á aquel sér hambriento de placeres, ávido de ruido y movimiento hasta la locura.

La dichosa carta daba fin á todos sus terrores. Ya era imposible que Franz la denunciara, aun en la rabia de su decepción, sabiendo que tenia semejante arma en sus manos. Y si se atrevía á tanto, ella enseñaría la carta y todas sus acusaciones vendrían á ser para Risler otras tantas calumnias. ¡Ah! Señor justiciero, está usted vencido.

Y súbitamente se sintió poseída de loca alegría.

— Vuelvo, vuelvo á la vida — decía á su amiga y maestra de canto.

Y corría como una insensata por los andenes del jardín, hizo tamaños ramos para su salón, abrió de par en par las ventanas, dió órdenes á la cocinera, al cochero, al jardinero.

Era preciso que la casa volviera á su alegría. Jorge iba á volver; y para comenzar dispuso una gran comida para fines de semana. Hubiérase creído que había estado ausente espacio de un mes y que volvía de un enojoso viaje de negocios, tal y tanta era la prisa que se daba en esto de restablecer en torno de sí el movimiento y la animación.

El día siguiente por la noche, Sidonia, Risler y mistress Dobson estaban reunidos en el salón. Mientras el bueno de Risler hojeaba un libraco de mecánica, cantaba Sidonia, acompañada al piano por la profesora.

De pronto se interrumpió Sidonia en medio de su romanza y soltó una gran carcajada. Acababan de dar las diez.

Risler levantó vivamente la cabeza.

— ¿De qué te ríes?

— De nada — contestó Sidonia mostrando el péndulo á su amiga con la mirada.

Era la hora señalada para la cita, y pensaba en los tormentos de su amante esperándola en actitud de viaje.

Desde la vuelta del mensajero que había llevado á Franz el *si* de Sidonia, tan febrilmente esperado, había sucedido una gran calma en su turbado espíritu. No más incertidumbres, no más lucha entre la pasión y el deber. Instantáneamente se sintió aliviado, como si no tuviera conciencia.

Con el mayor sosiego hizo sus preparativos, arregló su equipaje, y mucho antes de la hora fijada para que fueran por sus maletas, estaba sentado en una caja en medio de su aposento, mirando el mapa clavado en la pared y siguiendo con la vista la línea recta de los caminos y la ondeada como una ola que figura los mares.

Ni una sola vez le cayó en mientes la idea de que al otro lado del rellano gemía y suspiraba álguien por él; ni una sola vez pensó en la desesperación de su hermano, en el drama espantable que iba á dejar tras sí. Él estaba muy lejos de todo esto, ya en el embarcadero de la estación con Sidonia en oscuro traje de viaje y de fuga. Y cada vez más lejos hasta llegar á un país desconocido, en que nadie podría reclamarla. Otras veces pensaba en el wagón en marcha en medio de la oscuridad y del desierto campo. Veía entonces una linda cabeza apoyada junto á la suya en los cojines, unos labios en flor al alcance de los suyos y dos ojos profundos que lo miraban á la vacilante luz de la lámpara y en el dulce movimiento de las ruedas y del vapor.

Y ahora resuella y ruge, locomotora; estremece la tierra, enciende el cielo, escupe el humo y la ceniza; húndete en los túneles, salva los montes y los ríos, salta, flamea, estalla; pero llévanos lejos del mundo habitado, de sus leyes, de sus afecciones, fuera de la vida, fuera de nosotros mismos.

Dos horas antes de abrir el despacho de billetes para

el tren designado, estaba ya Franz en la estación de Lyon, esa triste estación que en el lejano París en que está situada parece la primera etapa de una provincia. Sentóse en el ángulo más sombrío y permaneció allí sin moverse, como aturdido. Á la sazón estaba su cabeza tan agitada y revuelta como la estación misma. Sentíase invadido por multitud de reflexiones sin ilación, de recuerdos vagos, de relaciones extrañas. En un minuto hacía tales viajes á lo más remoto de su memoria, que hubo de preguntarse dos ó tres veces por qué estaba allí y qué esperaba. Pero la idea de Sidonia surgía súbito de aquel tormentoso caos y lo iluminaba con esplendor.

Sidonia iba á llegar.

Y maquinalmente, aunque no era aún la hora de la cita, miraba si entre la gente que por allí bullía, diligente y presurosa, veía ya la elegante sombra de la bella fugitiva.

Después de muchas partidas y llegadas al són de un silbido que encerrado bajo las bóvedas parecía un desgarramiento, se hizo un gran vacío en la estación, desierta súbitamente, como una iglesia entre semana.

El tren de las diez se aproximaba: no había ya ninguno antes que él... Franz se levantó.

Ahora no era ya un sueño, una quimera perdida en aquellos límites del tiempo tan vastos é inciertos.

Entonces comenzó para él verdaderamente el horrible suplicio de la espera, esa suspensión de todo el sér, singular situación de cuerpo y alma, en que el corazón no late ya, la respiración jadea como el pensamiento, los gestos y las palabras quedan como incompletos, ó no acabados, situación en que todo espera. Los poetas han descrito cien veces esa dolorosa angustia del amante que escucha el rumor de un coche en la desierta calle, un paso furtivo subiendo una escalera.

Pero aguardar á una fugitiva en una estación, en un

salón de espera es de otro modo lúgubre. Aquellas linternas sordas, sin reflejo en un suelo polvoroso, aquellos grandes vacíos cerrados con vidrieras, aquel ruido incesante de pasos y puertas, la altura y desnudez de las paredes, aquellos carteles que anuncian por ejemplo el tren de recreo para Mónaco ó el paseo circular por Suiza, aquella atmósfera de viaje, de cambio, de indiferencia, de inconstancia, todo es á propósito para oprimir el corazón y aumentar su angustia.

Franz iba y venía espiando todos los carruajes que llegaban. Parábanse estos al pié de las largas escaleras de piedra; abríanse las portezuelas y se cerraban á golpe, y dejando atrás las sombras de afuera, aparecían en la puerta iluminadas caras, semblantes serenos ó intranquilos, alegres ó tristes; sombreros con plumas y velos claros, gorros de campesinos, niños soñolientos que arrastraban de la mano... Cada nueva aparición estremecía al que esperaba, y creía verla llegar vacilante, velada, un tanto embarazada. ¡Cuán presto acudiría él para tranquilizarla, para defenderla!

Á medida que la estación se llenaba, venía á ser más difícil el acécho. Los carruajes se sucedían sin interrupción y Franz se veía obligado á correr de una puerta á otra. Entonces salió pensando que estaría mejor afuera para ver y también por no poder soportar ya por más tiempo en la pesada atmósfera del salón de espera la opresión que lo sofocaba.

Hacia el tiempo blando de fines de setiembre; flotaba en el aire una ligera niebla y las linternas de los carruajes aparecían turbias y mates al pié de la rampa. Todos los que llegaban tenían la actitud y expresión de decir: *Yo soy; aquí me tienes*. Pero nunca era Sidonia quien llegaba, y el coche que había visto de lejos acercarse, con el corazón henchido de esperanza, volvía otra vez á París ligero y vacío.

La hora de salida se acercaba á más andar. Franz

miró el reló y sólo faltaba ya un cuarto de hora. Esto le pareció espantoso. Pero la campana del despacho que acababan de abrir, lo llamaba á tomar billete.

Corrió, pues, á la ventanilla y tomó turno en la larga hilera.

— Dos, primera, Marsella — pidió á su vez.

Parecíale que esto era ya como una toma de posesión.

Entre los carricoches cargados de fardos y los viajeros rezagados que se atropellaban, volvió á su puesto de observación.

Los cocheros le gritaban :

— ¡Eh ! ¡ Cuidado !

Pero él permanecía allí en el paso de las ruedas, bajo los piés de los caballos, con el oído atento y tamaños ojos abiertos.

Sólo faltan ya cinco minutos.

Era casi imposible ya que Sidonia llegara á tiempo. Precipitábanse los viajeros para entrar en las salas interiores. Y los cofres rodaban en el despacho de equipajes, y los paquetes embalados en lona, y las maletas de dorados clavos, y los sacos en aspa de los viajantes de comercio, y las cestas de todas clases y tamaños, se amontonaban á la misma puerta, revuelto y empujado todo con la misma prisa.

Por fin apareció...

Sí, he!a aquí... es ella positivamente. Es una dama alta, esbelta, vestida de negro, acompañada de otra más pequeña, sin duda mistress Dobson.

Pero á la segunda mirada él mismo se desengañó.

Era, en efecto, una joven que le parecía, elegante como ella, parisiense, alegre de fisonomía. Un caballero, joven también, salió á recibirla: debía ser un viaje de bodas... la madre los acompañaba, hasta dejarlos en el wagón. Y pasaron por delante de Franz, envueltos en la corriente de felicidad que los arrastraba. Con

un sentimiento de rabia y de envidia, los vió salvar la puerta, apoyados uno en otro, estrechados entre el gentío.

Parecíale á Franz que la dichosa pareja lo habían robado, como quiera que iban á ocupar en el tren el sitio que ocupar debían él y Sidonia.

Ahora sucede la locura de la partida, el último toque de campana, el sordo ruido del vapor, el pataleo de los rezagados, el golpear de las puertas que se cierran, el estruendo de los pesados ómnibus que se van...

¡ Y Sidonia sin venir !

¡ Y Franz esperando aún !

En este momento pósase una mano en su hombro.

¡ Oh Dios !

Vuelve y...

La enorme cabeza de Mr. Gardinois, bien abrigada con una gorra de orejeras, aparece ante él.

— No me engañé — dicele el viejo — es Mr. Franz. ¿ Sale usted con el expreso de Marsella ? Yo también, pero no voy lejos.

Y explica á Franz que, habiéndosele escapado el tren de Orleans, va á Savigny por la línea de Lyon. Después le habla de Risler mayor, de la fábrica...

— Parece ser que van bien los negocios de algún tiempo á esta parte. La quiebra de Bonnardel los ha pellizcado... ¡ Ah ! Mucho cuidado han de tener los jóvenes asociados, porque al paso que van, bien pudiera sucederles lo que á los Bonnardel... Pero creo que van á cerrar el despacho. Hasta luégo.

Apenas ha oído Franz lo que se le acaba de decir. La ruina de su hermano, la del mundo entero, le importa poco ó nada.

Y espera... espera...

Pero la ventanilla se cierra á golpe como la última barrera ante su obcecada esperanza. La estación queda

otra vez vacía; el rumor ha cambiado de lugar, se ha trasladado á la vía, y de pronto un desgarrado silbido que se pierde en el espacio, llega á oídos del amante como una irónica despedida.

El tren de las diez ha partido.

Franz procura estar tranquilo y raciocinar. Con toda evidencia, se le ha escapado el coche de Asnières; pero sabiendo que la espera, vendrá á cualquier hora de la noche.

— Esperemos más: el salón de espera es para esto.

Y el desdichado se sienta en un banco.

El librero del puesto, medio dormido, se ocupa en arreglar su tienda y Franz mira maquinalmente las hileras de abigarrados volúmenes, toda la biblioteca de los ferro-carriles, cuyos títulos sabe de memoria desde las cuatro que está allí.

Hay allí libros que reconoce por haberlos leído bajo la tienda en Ismalia, ó en el paquebote que lo trajo de Suez, y estas novelas vulgares, insignificantes, han conservado para él un perfume marino ó exótico.

Pero muy luégo se cierra la librería y ni aun le queda este recurso para engañar su fatiga y su febril impaciencia. La barraca de los juguetes entra también completamente en su cierre de tablas. Los pitos, los carretes, las regaderas, las palas, los rastros, todas las herramientas de los pequeños parisienses *in villeggiatura* desaparecen en un minuto. La vendedora, mujer enfermiza, se envuelve en un abrigo viejo y se va con su braserillo en la mano.

Toda esta gente ha acabado su día, propagándolo hasta el último minuto con esa valentía y terquedad de París, que no apaga sus reverberos hasta el día.

Esta idea de larga velada hace pensar á Franz en una habitación bien conocida donde se apaga el quinqué á esta hora, sobre una mesa cargada de colibríes y luciérnagas; pero esta visión pasa rápidamente por

su cabeza en ese caos de pensamientos sin enlace que engendra en su ánimo el delirio de la espera.

De pronto echa de ver que se abrasa de sed. El café de la estación está todavía abierto y entra en él. Los mozos duermen en las banquetas, y el suelo está humedecido por las enjuagaduras de los vasos. Pide y no se dan maldita la prisa en servirlo: luégo al ir á beber, la idea de que Sidonia ha llegado tal vez durante su ausencia y lo estará buscando afuera, le hace saltar del asiento y correr como un loco, dejando lleno su vaso y su moneda sobre la mesa.

— Ya no vendrá.

Franz así lo cree.

Su paso que resuena en toda la longitud de la gradería, monótono y regular, lo estimula á oír como un testimonio de su soledad y decepción.

— ¿Qué habrá pasado? ¿Quién ha podido detenerla? ¿Se sentirá mala acaso, ó acaso perseguida por el anticipado remordimiento de su falta? Pero en este caso, hubiera enviado á mistress Dobson á avisar... ¡Si Risler hubiera encontrado la carta!... Era tan imprudente y temeraria...

Mientras así se perdía él en conjeturas, adelantaban las horas. Los remates de los edificios de Mazas hundidos en las sombras comenzaban á blanquear y distinguirse.

¿Qué hacer?

Era preciso ir á Asnières sin demora, á inquirir, á informarse. Ya hubiera querido estar allí.

Tomada esta resolución, bajó la rampa de la estación rápidamente, cruzándose en el camino con soldados cargados con sus morrales y otros pobres viajeros que venían á tomar el tren de la mañana, el tren de las miserias, que se levantan siempre muy temprano.

Atravesó el París del amanecer, un París triste y tiritante, en que las linternas de los puestos de policía

lanzaban á trechos su resplandor rojizo, y los agentes rondaban dos á dos y se detenían en las esquinas de las calles para registrar la sombra de una mirada.

Delante de uno de estos puestos, vió Franz gente detenida, traperos, mujeres del campo. Sin duda algún drama de la noche, que iba á tener su desenlace en casa del comisario...

¡Ah! ¡Si Franz hubiera sabido lo que era aquel drama!... Pero no podía ni sospecharlo y miró esto desde lejos y con la mayor indiferencia.

Pero todas aquellas fealdades, aquella alba que se alzaba sobre París con fatigada palidez, aquellos reverberos guiñadores á orillas del Sena, como los cirios de una vela mortuoria, el derrengamiento de su noche en claro, todo esto lo envolvió en una profunda tristeza.

Cuando llegó á Asnières, después de dos ó tres horas de camino, creyó despertar de un sueño. El sol naciente en toda su gloria inflamaba la llanura y el agua. El puente, las casas, el malecón, todo tenía esa limpieza de la mañana que da la impresión de un día nuevo, saliendo luminoso y sonriente de las espesas brumas de la noche. Á lo lejos descubrió la casa de su hermano, ya animada, con las persianas abiertas y las flores al borde de las ventanas.

Pero antes de atreverse á entrar, anduvo por allí errante un buen espacio.

De pronto lo llamó alguien desde la verja.

—¡Mr. Franz! ¡Qué temprano viene usted hoy!

Era el cochero de Sidonia que iba á bañar los caballos.

—¿Hay novedad en casa?—le preguntó Franz temblando.

—Nada de particular, Mr. Franz.

—¿Está aquí mi hermano?

—No señor: esta noche ha dormido en la fábrica.

—¿Ni hay nadie enfermo?

—Nadie, que yo sepa.

Y los caballos entraron en el agua.

Entonces se decidió Franz á tirar de la campanilla.

Se estaban limpiando los andenes del jardín. La gente de la casa estaba ya en pié; y á pesar de ser tan temprano, oyó la voz de Sidonia, clara y vibrante como un canto de pájaro en los rosales de la fachada.

Hablaba con bastante animación.

Franz, nada sereno, se acercó para escuchar.

Sidonia daba órdenes para la gran comida que iba á dar el día siguiente á las siete.

La repentina aparición de su cuñado no la desconcertó, ni mucho menos.

—¡Buenos días, Franz!—le dijo con mucho sosiego.

—Luégo estoy lista. Mañana tenemos gente á la mesa, clientes de la casa... una comida de negocios... Me permitirás un momento ¿eh?

Y fresca, sonriente, entre los pliegues de su peinaador rozagante y los encajes de su elegante gorro, continuó dando sus órdenes para el festín.

No había en su semblante la menor huella de pesar ni de inquietud: su frente lisa, aquella encantadora mirada que debía conservarla joven tanto tiempo, sus labios entreabiertos, rosados y frescos, formaban un extraño contraste con la cara del amante, descompuesta por la pasada noche de angustia y fatiga.

Espacio de un cuarto de hora largo, sentado Franz á un ángulo del salón, vió pasar por delante de sí, en su orden habitual, todos los platos convenidos de una comida comercial, desde los pastelillos calientes, el lenguado normando y sus innumerables ingredientes, hasta los albérchigos de Montreuil, hasta la albilla de Fontainebleau. Sidonia no le perdonó un entremés.

Por fin, cuando estuvieron solos y pudo hablar:

—¿No has recibido mi carta?—le preguntó Franz con voz sorda.